

**LO QUE  
NO SON  
CUENTAS  
SON  
CUENTOS**

**ÁLVARO  
NADAL**

**RELATOS SOBRE  
LOS ÉXITOS,  
FRACASOS,  
FORTALEZAS Y  
DEBILIDADES  
DE LA  
ECONOMÍA  
ESPAÑOLA**



**DEUSTO**

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Introducción

1. Unas extrañas olimpiadas

2. Los exploradores

3. Los exploradores segunda parte

4. La máquina sobre el puente

5. Sprechen Sie Deutsch?

6. ¿Inventan ellos?

7. La tribu de los mamuts

8. El Pueblo de las Patatas

9. De los cuatro elementos nos faltan dos

10. Hans Müller y Juan Moliner

Epílogo. El cuerno de la abundancia

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

La economía es uno de esos temas sobre el que todo el mundo opina; es un tema que interesa porque nos afecta directamente a todos en nuestra vida diaria. Por eso, el objetivo de este libro es acercar al público, mediante metáforas o relatos breves, importantes reflexiones sobre la economía española: el porqué de sus éxitos y sus fracasos, sus principales fortalezas y debilidades, a qué podemos aspirar los españoles en nuestro bienestar material y cuáles son algunas de las difíciles elecciones que tenemos que hacer como sociedad. Un libro sencillo que pone al alcance de todos un conocimiento esencial de la economía de nuestro país.

# Lo que no son cuentas son cuentos

Relatos sobre los éxitos, fracasos, fortalezas y debilidades de la economía española

ÁLVARO NADAL



EDICIONES DEUSTO

*A mis hijos, Alberto e Ignacio.*

## Introducción

Los humanos somos seres extraordinariamente curiosos y polémicos. Nos gusta descubrir y discutir, tendemos a interesarnos por todo o casi todo. En nuestra vida diaria nos enfrentamos a fenómenos complejos, en la naturaleza y, por supuesto, en la sociedad en la que vivimos.

Nuestro cerebro tiene una cierta capacidad para enfrentarse a la complejidad, tendemos de forma natural a poner orden en el caos aparente que se nos presenta en todo conjunto de elementos confusos. Pero esta capacidad no es absoluta, cuando vemos o percibimos algo difícil de entender tendemos a simplificarlo y, de esa forma, ser capaces de interpretarlo mejor.

Simplificamos todo: las leyes del universo en ecuaciones y teoremas físicos, la composición de la materia en fórmulas químicas, la biología en modelos evolutivos... Pero también, sobre todo, tendemos a simplificar la vida social tan enmarañada en la que vivimos inmersos todos los días. Los sociólogos reducen a tipos sociales los comportamientos de las masas, los psicólogos en teorías los comportamientos individuales, en política simplificamos la lucha por el poder y las decisiones públicas a través de las diferentes ideologías, y en economía, mediante teorías y modelos matemáticos y argumentos lógicos.

Necesitamos hacerlo así. Como dice mi buen amigo Juan Luis Arsuaga, director de la excavación de Atapuerca, nuestro cerebro evolucionó para entender de forma intuitiva un grupo humano de unas decenas o, como mucho, unos pocos centenares de miembros. A todos nos es muy fácil entender las cuestiones que afectan a una comunidad de vecinos, sin embargo, un mundo globalizado de 7.400

millones de personas es algo demasiado ininteligible para un cerebro limitado como el nuestro, aunque lleve algunos millones de años evolucionando.

Desde la revolución del Neolítico, las sociedades humanas no han dejado de crecer en tamaño y en complejidad. Hace ya miles de años que necesitamos reflexionar y simplificar su cada vez más enrevesada estructura para tratar de entenderlas, aunque sea parcialmente. El propio nacimiento de la filosofía está íntimamente unido a la preocupación por entender al ser humano y la comunidad en la que habita. En la Grecia clásica nacieron casi al mismo tiempo las ciencias naturales y las ciencias sociales.

Sin embargo, a pesar del largo trayecto recorrido, de unos veinticinco siglos, la comprensión de nuestros fenómenos sociales es y será siempre imperfecta. El mero hecho de reducir de forma estilizada los elementos que componen cada uno de los aspectos de nuestra sociedad supone que siempre habrá un margen de error y que, por tanto, la discusión será siempre eterna. Las ideologías políticas se confrontarán siempre, y también las teorías económicas y las visiones sociológicas. Esto hace de la reflexión social y el pensamiento sobre el ser humano una actividad a la vez apasionante y frustrante y, probablemente, aquello que más ha ocupado la mente de la mayoría de nosotros a lo largo de la historia.

La discusión sobre nuestra sociedad interesa a todos. No es sólo un campo atractivo para los grandes pensadores. En la cola de un supermercado o en una cena entre amigos se escuchan todos los días y a todas horas discusiones o comentarios sobre política, la situación económica, la moral social, la estética del momento..., en definitiva, sobre aquello que más nos gusta o disgusta de nuestra comunidad y cómo deseáramos que fuese.

De todos estos aspectos, este libro versa sobre la economía. Sobre la producción, reparto y disfrute de los bienes (y servicios) materiales. La economía es uno de esos temas

que afectan a todos, y sobre la que todo el mundo opina. Porque interesa y afecta a nuestra vida diaria. Al fin y al cabo, la humanidad ha dedicado, desde siempre, la mayor parte de su tiempo a proveerse de bienes materiales para satisfacer sus necesidades económicas. ¿Quién no está interesado en saber qué deben estudiar sus hijos para tener mejor empleo? Si la empresa en la que trabaja va bien o mal para saber si va a producirse una subida salarial o un ajuste de empleo. Si es o no buen momento para comprarse una casa... Son preguntas en esencia casi idénticas a las que se planteaban en el Paleolítico hace muchas generaciones nuestros ancestros —cuáles eran los buenos territorios de caza, dónde buscar abrigo para el invierno, cómo recolectar mejor en el bosque...—, las preguntas que se resumen en: ¿qué producimos entre todos?, ¿cómo lo producimos? y ¿cómo lo repartimos?

Responder correctamente a las mismas depende de muchas circunstancias: del lugar en el que estamos, del tiempo en el que vivimos, del desarrollo tecnológico y social del que disfrutamos (que en esencia es lo que hemos aprendido y avanzado de cómo en su día resolvieron determinados problemas nuestros ancestros). Así, en cada momento las preguntas y las respuestas van cambiando. Por ello, la preocupación por las cuestiones económicas no acaba nunca y se mueve de forma dinámica. Las respuestas del pasado muchas veces no sirven en el presente y menos aún para el futuro. Y surgen continuamente nuestras preguntas. Algunas tienen respuesta desde el análisis económico, otras, no. Todas o casi todas son objeto de propuestas políticas, más o menos acertadas, o más o menos fundadas. Como todo conocimiento, hay y habrá muchas cosas que desconocemos. Lo que es evidente es que, a lo largo de nuestra vida, vamos viendo cómo la economía de nuestro ámbito local, la de nuestro país, España, la europea, y no digamos la mundial, se va haciendo más compleja.

En 2017 se produjeron más de 3 billones (europeos, de doce ceros) de transacciones económicas entre los 7.400 millones de personas que habitamos en este planeta. Un número mayor que el número de galaxias que se estiman en el universo (entre 1 y 2 billones) por parte de los astrónomos. Los economistas estudiamos algo muy grande y complicado y que, por tanto, hay que simplificar bastante para poder entender algo. Y lo hacemos mediante modelos matemáticos y razonamientos, que, por muy enrevesados que parezcan, siempre son más simples que la realidad que estudiamos. Y tiene que ser así; un modelo o una teoría que capte toda la complejidad sería, en palabras de Paul Samuelson (premio Nobel de Economía en 1970) tan útil como un mapa escala 1:1. Los humanos hacemos mapas, pero para que sean útiles, deben ser mucho más simples que la realidad.

El objeto de este libro es acercar al público en general, mediante metáforas o relatos breves, importantes reflexiones sobre la economía española. El porqué de sus éxitos y sus fracasos, sus principales fortalezas y debilidades, a qué podemos aspirar los españoles en nuestro bienestar material y cuáles son algunas de las difíciles elecciones que tenemos que hacer como sociedad.

La gran mayoría de los razonamientos económicos son accesibles a todo el mundo. Sólo es necesario explicarlos acercándolos a lo que de forma intuitiva nuestro cerebro es capaz de entender mejor, con ejemplos aplicados a sociedades más pequeñas y situaciones menos complejas que la realidad. Siendo la economía una ciencia social, es deseable que un amplio número de individuos se familiarice con los conceptos económicos más asentados. Hay quizá un exceso de formalismo en la presentación de los resultados que de una ciencia que pretende influir en la sociedad para mejorarla. Es necesario comunicar mejor. Una forma de ha-

cerlo es alejarse de la jerga y los tecnicismos que toda actividad profesional tiene y presentar esos razonamientos de forma diferente, en este caso mediante relatos breves.

La mayor parte de los razonamientos o prejuicios equivocados en economía provienen de un hecho: nuestra dificultad como seres humanos para entender que un comportamiento o una actuación individual tiene efectos muy diferentes si se realiza como un hecho aislado respecto a otro llevado a cabo simultáneamente por muchos o muchísimos individuos. Por ejemplo: si yo pongo mi casa en venta, es un comportamiento individual de lo más normal. Pero no es lo mismo que yo solo o unos pocos pongamos nuestra casa en venta (tendríamos en este caso un mercado inmobiliario funcionando normalmente), a que todos los españoles pongamos nuestra casa en venta. En este caso, se desataría una crisis inmobiliaria sin precedentes, con desplome de los precios y pánico en los mercados.

Tenemos, por tanto, escasa facilidad para entender los efectos de acciones individuales realizadas en masa por muchos individuos en nuestra sociedad. A eso se dedica, en gran medida, el análisis económico, es lo que los economistas llamamos el análisis de equilibrio general. Este tipo de análisis es dificultoso intelectualmente, y requiere grandes dosis de simplificación de la realidad, pero sus conclusiones son más sólidas que las meras intuiciones parciales que solemos tener derivadas de la experiencia directa de nuestro entorno más cercano. Y además, expuestas correctamente deberían formar parte del conocimiento social. Pero para que esto sea así, debemos alejarnos, como decía antes, de la jerga y los términos técnicos. Se pueden reflexionar y explicar, y mucho, las grandes cuestiones económicas a todo el mundo a través de breves relatos, que, como se ha mencionado, jalonan los capítulos de este libro.

Con este libro he pretendido, de una manera alternativa, ayudar al debate desde ese punto de vista de la lógica, de los hechos, del análisis y del conocimiento asentado por

la ciencia económica desde hace más de dos siglos.

También he querido plantear, de la forma más asequible posible, las grandes decisiones, las necesidades de tener que elegir, nos guste o no como sociedad, ante las principales cuestiones económicas y sociales que van a determinar nuestro futuro en los próximos años.

En el primer capítulo, con el relato de esa extraña carrera, he tratado de situar a España y su historia económica en el contexto internacional y europeo. Pero, sobre todo, hacernos como españoles una pregunta fundamental: ¿queremos ser uno de los países más avanzados de Europa? ¿Nos conformamos con ser un país avanzado en el mundo, pero de renta relativamente media-baja en Europa? Si la respuesta a la primera es sí y a la segunda es no, nos queda por delante una gran labor por hacer, y dotar a nuestro país de una ambición de la que lamentablemente carece, o al menos de la que carece su debate público.

El segundo relato, el de la aldea y los exploradores, quiere poner de manifiesto un hecho evidente: si bien como consumidores no prestamos atención a de qué país proviene lo que compramos —de hecho, ni lo sabemos, ya que en muchos sitios se realiza una cadena de valor añadido completa—, como país esto es importante. Es crucial para nuestro desarrollo disponer de bienes y servicios que podamos intercambiar con el resto del mundo. Cuando esta idea falla o se olvida, tanto a nivel social como a nivel político sobreviene el desastre, como se cuenta en el siguiente relato.

El relato de la máquina sobre el puente y su continuación tratan del mismo concepto, pero desde el punto de vista de cómo la lucha por las rentas y el desentenderse de la economía productiva y la necesidad de mejorar la competitividad han sido la causa recurrente de los ciclos negativos de nuestra economía. Y cómo ello ha llevado a ensayar

prácticamente todos los regímenes cambiarios a lo largo de los últimos cuarenta años hasta llegar a la cesión de la soberanía monetaria a la Unión Europea.

El siguiente relato es un homenaje a aquellos españoles que en todas las épocas han entendido de verdad lo que significa el progreso, la modernización, aun a costa muchas veces de una gran incompreensión. Demasiadas veces España ha estado aislada del movimiento de ideas e innovaciones en Europa y en el mundo. En el siglo XXI vivimos una revolución tecnológica rupturista de primer orden, la revolución digital. Esta vez no podemos perder el tren ni dejar a su suerte a los pocos que querían cogerlo.

El relato de la tribu de los mamuts plantea una de las decisiones más complicadas que debe afrontar nuestra sociedad: cómo asignar los recursos públicos a cada generación. El debate sobre este tema es muy encendido y emocional, cada sector ve su parte de razón. Abordarlo desde el punto de vista del conjunto de la sociedad sería lo más adecuado, al menos por parte de este libro que no quede. Aunque es un asunto bien espinoso con el que se puede perder fácilmente la objetividad.

Algo parecido ocurre con el relato del pueblo de las patatas. Cómo resolvemos el deseo de tener una vida tranquila y una cierta seguridad según van pasando los años con el juego limpio de dejar competir a los que vienen por detrás empujando y con deseo de abrirse camino en la vida. Nuevamente tenemos que elegir, nos guste o no, y elegir bien. Hasta ahora el comportamiento del mercado laboral español es la parte de nuestra economía de la que, sin género de dudas, menos orgullosos podemos estar.

Asimismo, he querido dar alguna pincelada sobre la política energética. Éste es un asunto complejo donde los haya, y quizá merezca un libro completo y no sólo un capítulo sobre la economía en general. Éste es otro de los gran-

des retos que tenemos por delante, y con muchas decisiones que sería más que conveniente que tomásemos como país desde el ámbito más racional posible.

En último lugar, he dedicado un capítulo muy extenso a la crisis financiera y bancaria. Lo he hecho así por su complejidad, pero también por la razón de que, si bien la crisis financiera fue la manifestación más evidente de la crisis de 2008, no era la causa más profunda. La España de entonces tenía un problema crónico (la falta de competitividad) y otro agudo (la falta de liquidez). El primero había sido la causa fundamental del segundo, y por ello le he dedicado la mayor parte de este libro. El segundo, de no haberse resuelto adecuadamente, habría producido un desastre enorme. Pero no basta con haber solucionado los problemas financieros de España para lograr un crecimiento sostenido y firme que permita a las nuevas generaciones alcanzar mejores niveles de convergencia con los países más avanzados, hay que atender a los problemas más crónicos y estructurales de nuestra economía, y por ello dejé las cuestiones financieras en último lugar.

En este libro he querido ser lo más accesible posible. Las opiniones y los hechos descritos en él son puramente personales, fruto de la reflexión y la experiencia de casi veinticinco años de profesional de la política económica. Por esta razón, no tienen por qué ser las opiniones del Partido Popular, del que he sido secretario de Economía durante catorce años, ni de la de otros miembros del gobierno del que he formado parte. Son, a la vez, opiniones y análisis de un economista que ha vivido muy de cerca importantes acontecimientos de la política económica de nuestro país. Y que comparte con muchos otros la vocación de hacer de él una nación más próspera y más avanzada.